A VICENTE

VICENTICO, Vicentico,
ya te lo decía yo:
la gran zorra de la vida
nos ha engañado a los dos.

Cuando los jueves te miro
retrepado en tu sillón,
pienso en Dámaso y Vicente
(y en Ramón, que nos dejó).

Ay, noches de la locura,
noches «de color salmón»,
juegos de vida y de muerte,
comisaría y alcohol.

Placer buscaba la carne.
El alma buscaba a Dios.
Tras la belleza impoluta;
tras la absoluta expresión.

Hoy todo «pompas prefúnebres»,
vanidad y similor.
Huele a pluscuamputrefacto
(¿Pretérito? Digo yo...).

Cuando los jueves te miro
retrepado en tu sillón,
tan estirado y tan grave,
me corre como un temblor:

pronto hemos de estar más graves,
más estirados los dos.
(Allá, en lo negro absoluto,
ni una línea, ni una voz.)

Vicentico, mi Vicente,
hijito, te dije yo
que esa zorra de la vida
nos la jugaba a los dos.

Abril, 1959.

DÁMASO ALONSO